

**ACTO DE NOMBRAMIENTO
como
ACADÉMICO DE HONOR A TÍTULO PÓSTUMO
del
Ilmo. Sr. D. JOSÉ MOLINA OROSA**

Laudatio de D. Ramón Pérez Hernández
y otros documentos

7 de marzo de 2005

ACTO DE NOMBRAMIENTO
como
ACADÉMICO DE HONOR A TÍTULO PÓSTUMO
del
Ilmo. Sr. D. JOSÉ MOLIONA OROSA

Depósito Legal: M-8148-2005

Imprime:
Gráficas Loureiro, S.L.

ACTO DE NOMBRAMIENTO
como
ACADÉMICO DE HONOR A TÍTULO PÓSTUMO
del
Ilmo. Sr. D. JOSÉ MOLIONA OROSA

Laudatio de D. Ramón Pérez Hernández
y otros documentos
el día 7 de marzo de 2005

Arrecife (Lanzarote), Sociedad Democracia

SOLICITUD

Ramón Pérez Hernández, Presidente de la Comisión Pro-Hijo Predilecto de Lanzarote del Ilmo. Señor DON JOSÉ MOLINA OROSA,

ATENTAMENTE, SALUDA al Excmo. Sr. Don FRANCISCO GONZÁLEZ DE POSADA, PRESIDENTE de la ACADEMIA de CIENCIAS e INGENIERÍAS de LANZAROTE, y

tiene el honor de adjuntarle bibliografía del nombramiento de Hijo Predilecto de Lanzarote, del **médico-misionero ILMO. SEÑOR DON JOSÉ MOLINA OROSA.**

La Comisión que tengo el honor de presidir hasta hoy (con este hecho se extingue) reflexiona que los canarios en general y los lanzaroteños en particular nos sentiríamos honradísimos si por la científica y meritoria Institución que V.E. preside, se considera la posibilidad de nombrar a “nuestro” extraordinario científico isleño, a título póstumo, miembro de la misma.

Aprovecho gustoso la ocasión que se le brinda para ofrecer a V.E. la consideración personal más distinguida, agradeciéndole sinceramente al mismo tiempo las extraordinarias acciones que viene dedicando a Lanzarote con su admirable capacidad científica, generosa dedicación y sorprendente firmeza personal.

Lanzarote, 28 de junio de 2004

ACEPTACIÓN

Arrecife (Lanzarote), 19 de diciembre de 2004

Sr. D. Ramón Pérez Hernández
Arrecife (Lanzarote)

Distinguido amigo:

Recibimos su atento escrito de solicitud de la condición de “Académico de Honor a título póstumo” para el Ilmo. Sr. D. José Molina Orosa con tanta satisfacción como sorpresa dado que en nuestros Estatutos no figuraba dicha posibilidad.

Aunque le he tenido puntualmente informado del proceso, le ruego que comprenda la tardanza en esta respuesta escrita. Era necesario, también, conceder dicha condición al Excmo. Sr. D. Blas Cabrera Felipe, bajo cuyo nominal auspicio desarrollamos en Lanzarote la tarea cultural científica que conoce, expresada institucionalmente en el Monumento, el Centro Científico-cultural Blas Cabrera, la edición de sus Obras Completas y esta Academia de Ciencias e Ingenierías de Lanzarote.

Me apresuro a poner en su conocimiento que en la reunión de ayer día 18 de diciembre de la Junta de Gobierno se aprobó por unanimidad su propuesta y se nombró, en consecuencia, al Dr. D. José Molina Orosa “Académico de Honor a título póstumo”.

Por nuestra parte veríamos con agrado, y así lo sometemos a su consideración, que el Solemne Acto de nombramiento coincidiera con el

Inaugural del Curso 2005 de esta Academia, previsto para el día 7 de marzo, y que concluyera con una Ofrenda Floral ante su Monumento.

Dos sentimientos debo transmitirle. Primero, de **gratitud** por habernos facilitado un encuentro tan entrañable con este “médico-misionero”; y segundo, de **felicitación**, por la extraordinaria tarea que ha venido realizando con tanta entrega, generosidad e ilusión en pro del mantenimiento de la memoria de tan ilustre lanzaroteño.

Con mis mejores deseos, reciba un cordial saludo.

Francisco González de Posada
Presidente
Academia de Ciencias e Ingenierías de Lanzarote

I. EL MÉDICO JOSÉ MOLINA OROSA

Laudatio por
RAMÓN PÉREZ HERNÁNDEZ

La salud, ese tesoro que sólo apreciamos cuando lo hemos perdido, fue la entrega esencial a la que consagró toda su vida en cuerpo y alma, sin pedir nada a cambio, el médico lanzaroteño José Molina Orosa.

A partir de esta fecha su nombre queda inscrito, meritoriamente simbolizado, como *Miembro de Honor* a título póstumo de la “Academia de Ciencias e Ingenierías de Lanzarote” que tan dignamente Preside el Excmo. Sr. Don Francisco González de Posada.

JOSÉ MOLINA OROSA fue un ilustre isleño, popular Doctor en Medicina que ejerció exclusivamente en Lanzarote desde 1910 hasta su fallecimiento en 1966. Nació en Arrecife el 18-12-1883. Inició los estudios de medicina en Cádiz; después de padecer una grave dolencia los continuó en Madrid, en cuya Universidad tuvo como condiscípulos, entre otros acreditados médicos a los renombrados Gregorio Marañón y Tomás Morales. Se doctoró el 7 de Julio de 1910.

El escenario calamitoso y desesperado de la situación socio-sanitaria de Canarias en **1884**, o sea 26 años antes que José Molina emprendiera su labor científico/bienhechora, fue prolijamente observado y respetuosamente estudiado *in situ* por el célebre antropólogo francés Dr. **René Verneau**, describiéndolo con rigor irrefutable en su magnífica obra de investigación científica sobre el Archipiélago Canario que denominó *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*, de la que me permito sintetizar algunos párrafos:

Los aborígenes. En este punto (y la comparación no nos parece descabellada), Verneau nos recuerda a su compatriota Rousseau y a su “buen

salvaje”. Verneau hace un canto a las Canarias primitivas y a sus antiguos pobladores, lamentándose que la civilización corrompe:

«En el norte de Tenerife -escribe- se encuentran poblaciones muy primitivas que apenas sobrepasan en civilización a los antiguos guanches. Son buenos y hospitalarios, mientras que los que han tenido más contactos con los centros civilizados, desde este punto de vista, son singularmente inferiores. En todas partes el hombre primitivo en contacto con los europeos toma sus defectos antes que sus virtudes...».

Verneau se emociona cuando tropieza -y son sus palabras- con auténticos guanches (son pastores que prosiguen con los mismos hábitos que sus ancestros). Esto ocurre claramente en tres ocasiones: en la Aldea de Anaga, en Icod y en Güimar. Verneau muestra igualmente una sensibilidad muy acusada por lo aborígen y se lamenta de la desidia de muchos canarios ante los vestigios de sus antepasados, esos “testigos” de que nos habla el arqueólogo.

Desgraciadamente los desaprensivos –“bárbaros” los llama Verneau- no han desaparecido y quizá el mayor peligro para la cultura canaria provenga de esos “aficionados de domingo” a la arqueología. Las palabras del profesor Lorenzo Perera son muy claras a este respecto: «Verneau -dice- se hubiese echado a llorar si hubiera vivido en nuestra época, ante el continuo destrozo de yacimientos aborígenes, la frecuente extracción de materiales arqueológicos fuera de las islas y, sobre todo, ante la lamentable “apatía cultural” de muchas de nuestras autoridades y ediles de la cultura».

La mendicidad. Mendicidad, pobreza, ignorancia; he aquí una constante que se repite en todas las islas. Estamos ante el mundo de los pobres, de los errantes, tan magistralmente estudiado para la Francia del Antiguo Régimen por Pierre Goubert. Esos pobres salen al encuentro de Verneau en todos los caminos de Canarias. Escribe Verneau sobre Tenerife.

«En los barrios las mujeres [...] se las ve, extendidas a la sombra, buscándose mutuamente los piojos, mientras que sus hijos, completamente desnudos, chapotean en el agua [...]».

Y acerca del pueblo de La Matanza, añade:

«A la llegada de cada vehículo se ve acudir de todos lados una infinidad de gente miserable, andrajosa, que viene “a implorar la caridad”. Durante algunos minutos se oye la más espantosa

cacofonía. Lo que mejor se entiende en medio de todo ese ruido es un refrán eterno: “Un cuartito, por Dios y la Virgen Santísima”.

Esta frase el niño la aprende de su papá y mamá y, durante todo el día, el extranjero la oye resonar en sus oídos. Casi no hay país en el mundo donde haya más mendigos que en Tenerife, pero en La Matanza su número es verdaderamente increíble [...]».

A esa miseria hay que sumar la ignorancia, el analfabetismo, principalmente en la población rural:

«Esta gente no había recibido la más elemental instrucción».

La brujería y la superstición. Estrechamente relacionado con la mendicidad, la brujería y la superstición del canario. La creencia en la brujería del canario, así como la superstición, es otra de las cuestiones que más atrae a la mente racionalista de Verneau. En ciertas ocasiones esa superstición del isleño dificultó su labor científica, así cuando en San Juan de la Rambla quiere demostrar, midiendo los cráneos, la supervivencia de la raza guanche, escribe Verneau:

«No contaba con la superstición de esta gente. Convencidos de que los iba a hechizar, no se dejaron medir. Si pude conseguir algunas muestras de sus cabellos fue casi siempre de niños, engatusados por golosinas».

Igualmente, en Icod de los Vinos, en Telde y *Lanzarote*, hay descripciones inestimables sobre la creencia del canario en la brujería. La brujería es hija de la miseria. Es la esperanza de los rebeldes. Es fruto de la rebelión, detractada por el Poder. La brujería, no lo olvidemos, prolifera siempre en países atormentados: por la guerra, por revoluciones, por catástrofes naturales, ...

«Todo se esconde en Lanzarote. Los habitantes, en sus casas; los coches, en sus cocheras; y los árboles, en sus agujeros [...]».

«[...] eran las 10 cuando llegamos a Tinajo. Después de cenar todavía tuve que examinar algunos enfermos, de los que muchos venían de muy lejos. Estos desgraciados no tienen médicos que los cuiden, así que no podía rehusar darles algunos consejos. En todas las islas ocurre lo mismo».

«En Tías [...] apenas había comido cuando me asaltó una nube de enfermos. Las afecciones que predominaban eran las cataratas, la elefantiasis (hipertrofia dura de la piel) y la sífilis [...]».

Pues bien, DON JOSÉ MOLINA OROSA 26 años después de las observaciones minuciosas del Dr. René Verneau sobre la situación socio-sanitaria de Canarias en general y de Lanzarote en particular, inició en solitario la batalla más hermosa que ser humano haya emprendido nunca en esta isla, declarando la guerra integral a la enfermedad y sus desgraciadas secuelas; durante 56 años fue un heroico batallador de la salud pública, sacrificándolo todo por sus enfermos e incluso facilitándoles, a su propia costa, medicamentos de urgencia o alimentos de verdadera necesidad, por lo que el pueblo agradecido, en unánime proclama, le dedicó en vida una de sus calles en 1934, la actual “José Molina” (trasera del Banco Santander Central Hispano; aparcamientos Spínola).

El célebre escritor lanzaroteño Agustín de la Hoz refirió de D. José Molina Orosa:

«Su lucha fue larga, a veces decepcionante, y en muchos casos tremendamente injusta, pero, él seguía ampliando la capacidad de sacrificio y el radio de su acción, alcanzando ya todos los rincones lanzaroteños, siempre dispuesto a la abnegación y a la recuperación de enfermos con los recursos de su ciencia, ciertamente, pero también con los auxilios imprescindibles de su enorme caridad y de su inquebrantable moral. Don José Molina Orosa fue un médico vocacional. Era famoso su excepcional talento (ojo clínico) para diagnosticar acertadamente a simple vista. En aquellos tiempos las radiografías y análisis, al menos en Lanzarote, eran un lujo o no se podían hacer tan fáciles».

Desde 1910 se consagró en cuerpo y alma a una empresa bien meditada: implantar la mínima organización sanitaria que necesitaba urgentemente Lanzarote, que no la poseía sino de manera insuficiente, cuando no totalmente defectuosa. El joven médico pudo apreciar en seguida que el alto nivel de mortalidad (adultos, en su mayoría) tenía su causa principal en las deficientes condiciones higiénicas de la población (sin medios adecuados) y por la apatía generalizada de dar la batalla contra las enfermedades infecciosas. Ni siquiera había practicantes ni enfermeros más o menos preparados, como tampoco

podía contar con alojamientos saneados. Disponía de dos pobrísimas habitaciones (insuficientes y mal dotadas) para atender a la asistencia pública. Téngase en cuenta que por entonces no se conocían las sulfamidas y la era de los antibióticos estaba por llegar. En esas fechas la Isla de Lanzarote contaba unos 24.000 habitantes. Don José no se amedrenta y se enfrenta a la plaga apocalíptica que parece devorar a la mayoría de sus paisanos; va de casa en casa, en las que siembra mucha esperanza y caridad, llevando a todos por el cauce de la razón humana, pero fundándose siempre en los conocimientos científicos. Con su intervención salvadora, Don José logra, pacientemente, sin desfallecer nunca, ir encauzando y ordenando científicamente la gravísima y desesperada situación sanitaria de la Isla. Batalló de forma sobrehumana contra la terrible tuberculosis y demás enfermedades. Hacía operaciones ginecológicas (fue un gran partero), de hernias, apendicitis, etc. Es decir, cirugía de “urgencia” para salvar vidas: su gran anhelo.

En 1950 se inaugura el Hospital Insular viendo convertida en realidad aquella férrea lucha de toda su vida, y que fue, en todo caso, su mayor ilusión. Ahora, sus enfermos, a los que tanto quiso, podían ser atendidos con la integridad científica soñada por él.

Reconociendo sus grandes méritos el Gobierno español lo premia doblemente concediéndole la Encomienda de la Orden Civil de Sanidad y la Medalla de Mérito al Trabajo, que le fueron impuestas en acto popular, y en el entrañable marco del Hospital Insular, el día 22 de Mayo de 1963. En el año 1976 (diseño de César Manrique) se inauguró un monolito en la Plaza de entrada al Hospital con la leyenda -en placa de cobre-: «A DON JOSÉ MOLINA OROSA. 1883-1966». También dentro del Hospital Insular, “La Unidad de Larga Estancia” del mismo está dedicada al “DR. DON JOSÉ MOLINA OROSA”.

Don José Molina Orosa tenía una figura sobria y generosa, y era de una elegancia espiritual pocas veces superada. En su hogar, con la ternura de su ángel tutelar (su mujer, la bondadosa y poetisa Doña Inocencia Aldana) encontraba el aliento y la renovación de su lucha cotidiana. Murió, en olor de multitud, en la madrugada del 18 de Enero de 1966, desapareciendo con él un gran médico y una de las personalidades más genuinas de Lanzarote, cuya esencia espiritual parece estar unida al pueblo natal -creemos que para siempre- por ese “nudo sagrado” de que hablaba Marco Aurelio. Su muerte produjo verdadera conmoción en la Isla de Lanzarote, y aun en las demás del Archipiélago canario, acontecimiento que recogieron todos los periódicos.

ANEXO I

Don José Molina Orosa (1883-1966)

Evocación inédita de
Agustín de la Hoz
mayo 1972

En la alegre y luminosa ciudad de Arrecife de diciembre de 1883, y en la Calle Nueva (hoy Fajardo) 5, nació don José Gonzalo de la O Molina Orosa, hijo del comerciante local don Gonzalo Molina Pérez y de doña Angelina Orosa y López. En el Puerto del Arrecife realiza sus primeros estudios, pero llamado a otras disciplinas superiores se traslada a Madrid. La Medicina le atrae vocacionalmente y su vida universitaria transcurre normal y modestamente, como era por entonces la esforzada existencia de cualquier estudiante. Sin embargo, Molina Orosa se revela muy pronto como hombre de espíritu inquieto y curioso, de amplia cultura y de vocación intensa, a las cuales sabe unir ya digo, el estudio constante y sin concesiones, renunciando siempre a lo fácil y demostrando ya un profundo conocimiento de la vida y de las reacciones humanas.

Tuvo siempre un elevado criterio de la amistad, en la que nunca defraudó a nadie, y de ahí que la compartiera de por vida con sus compañeros de clase, entre los que citamos a Gregorio Marañón y Tomás Morales, famosos años después como médicos y escritores. También Molina Orosa haría por entonces -¿y quién no entre los estudiantes?- algunas escapadas líricas, quizás dejándose llevar por la insatisfacción general, no exenta de romanticismo, o por el fondo tímido que no podía ser extraño a su más íntima sensibilidad.

El 7 de julio de 1910 obtiene el doctorado con brillantes calificaciones, retornando a su Arrecife natal para consagrarse por entero a una empresa muy

bien meditada desde tiempo atrás, es decir, implantar la imprescindible organización sanitaria que necesitaba urgentemente Arrecife, que no la poseía sino de manera insuficiente cuando no totalmente defectuosa. El joven médico pudo apreciar enseguida que el alto nivel de mortalidad -adultos, en su mayoría- tenía su causa principal en las deficientes condiciones higiénicas de la población -sin medios adecuados- y sobre todo en la apatía generalizada e incapaz de dar la batalla contra las enfermedades infecciosas ¿Qué se había hecho para contener la epidemia? ¿Qué hacer ahora? El doctor Molina Orosa se encontraba sólo y tampoco vislumbraba soluciones inmediatas. Ni siquiera había practicantes ni enfermeros más o menos preparados, como tampoco podía contar con alojamientos saneados... Disponía, eso sí, de dos pobríssimas habitaciones -insuficientes y mal dotadas- para atender a la asistencia pública. Téngase en cuenta que por entonces no se conocían las sulfamidas y la era de los antibióticos estaba por llegar... Por otra parte, y acaso fuera esto lo peor de aquella década angustiada, la *milagrería* y el *curanderismo* reinaban a placer explotando la ignorancia de muchos espíritus desesperados... ¿Cómo ejercer la Medicina sería y sistemáticamente en semejantes circunstancias? Había que actuar sin regateos ni pausas, aplicando métodos de exploración y aislamiento, esto es, acumulando día a día el mayor número posible de datos con el fin de frenar la enfermedad que tantos estragos venía haciendo, si bien era necesario admitir que ese mal prendía fácilmente a causa del hambre... ¿Cuál será la postura de Molina Orosa? Entretanto se multiplican las infecciones y se localizan nuevos enfermos -incluso hasta seis pacientes en una sola casa-, aunque ya permanentemente controlados debido a la gigantesca actividad del joven doctor, cuyo perfil humano comienza a destacarse con luz propia: Amor al enfermo, voluntad de trabajo y sobre todo mucha moral profesional.

Molina Orosa no se amedrenta fácilmente, antes al contrario se multiplica y se enfrenta a la *plaga apocalíptica* que parece devorar a la mayoría de sus paisanos. Don José Molina va de casa en casa, en las cuales siembra amor, esperanza y caridad, llevando a todos por el cauce de la razón humana, pero fundándose siempre en los conocimientos científicos. A veces llega hasta el agotamiento. Muchas personas piensan que su mismo esfuerzo acabará postrándole sin remedio. Todos temen por su salud y por ello se le suplica que tome algún descanso, puesto que su constitución física no es precisamente una fortaleza inabordable. Sin embargo, Molina Orosa se siente potenciado maravillosamente y sigue luchando como si todo su ser estuviera en la plenitud de su funcionamiento integral. Ciertamente obra estrictamente y de

acuerdo con su vocación, pero también derrama en los hogares más humildes la mejor esencia de su corazón, desinteresadamente, toda vez que esa sustancia cordial suya era humana y nada más que humana.

No fue él un mero recetador o un rutinario velador de cabeceras familiares, no; sino un honesto profesional a quien le interesaban todos los pacientes porque veía en cada uno de ellos la razón humana de su vocación médica. Por eso, su actitud confería a su intensa labor un rango de humanidad -acaso sorprendente- y por lo mismo una trascendencia de tipo social verdaderamente extraordinaria. No es hombre que pregona lo que no es capaz de hacer o que no practique en cada instante lo que enseña. No, Molina Orosa no es de los que gusta pavonearse en olor de gratuidad y no pocas contrariedades hubo de sufrir por serle demasiado repugnante tales posturas. Por eso, si él pregona y enseña, de puerta en puerta, lo hace primero que nada para evitar miserias y contagios, persuadiendo con palabras paternales e imponiendo a la par los más elementales basamentos de la asepsia doméstica. Este profundo sentido profesional sólo se hacía duro cuando tenía que presionar para que la Isla fuera dotada de un centro capaz de solucionar el problema planteado. Si la caridad era su virtud más sobresaliente, la energía de su fe resultaba admirable.

Su lucha sería larga, a veces decepcionante, y en muchos casos tremendamente injusta, pero él seguía ampliando la capacidad de sacrificio y el radio de su acción, alcanzando ya todos los rincones lanzaroteños, siempre dispuesto a la abnegación y a la recuperación de enfermos con los recursos de su ciencia, ciertamente, pero también con los auxilios imprescindibles de su enorme caridad y de su inquebrantable moral.

Durante más de cincuenta años fue un heroico batallador de la salud pública, sacrificándolo todo por sus enfermos e incluso, facilitándoles, a su propia costa, medicamentos de urgencia o alimentos de verdadera necesidad, por lo que el pueblo agradecido, en unánime proclama, le dedica en vida una de sus calles (1934).

Sabido es que se le quiso aupear a un alto cargo político, sin duda para explotar su indiscutible solvencia y popularidad, pero él rechazó semejante honor por creer, y su futura conducta lo demostraría, que nada tenía que ver la Medicina con la Política. No por eso dejó de aconsejar, o de exponer su pensamiento, cuando le era consultada “una” opinión sobre cuestiones de interés general. Sin embargo desde la creación del Cabildo Insular (1912), siendo notabilísimo consejero, expone con asombrosa información y trascendente contenido su “ideario” -digámoslo así- respecto a la creación de

la Mancomunidad y de las interrelaciones corporativas; por entonces, secundado por un haz de ilustres lanzaroteños, promueve la vida cultural de Arrecife y desarrolla toda su influencia personal en torno a las estructuras de la Enseñanza, por entonces muy endebles y limitadas. Así iniciaba una participación noblemente civil, en servicio de la comunidad y que, con más o menos fuerza, no interrumpiría en adelante. Su personalidad crece, pues, al ritmo de su gran corazón de médico y de patriota, es decir, que poco a poco va mostrando la propia escultura espiritual: un moralista, en el más estricto sentido de la palabra.

En cualquier acto humanitario está presente su hombría de bien y aún se recuerda aquella cordialidad suya -fresca y vibrante de humanismo- en pro de la redención de los menos afortunados.

En 1950 el Jefe del Estado inauguraba en Arrecife el nuevo Hospital Insular, que, al cabo, convertía en realidad aquella férrea lucha de toda su vida y que era, en todo caso, su mayor ilusión. Ahora, sus enfermos, a los que tanto quiso, podían ser atendidos con la integridad científica soñada por él.

Reconociendo sus grandes méritos, el Gobierno español lo premia doblemente concediéndole la Encomienda de la Orden Civil de Sanidad y la Medalla de Mérito al Trabajo, condecoraciones que le fueron impuestas en acto popular, y en el entrañable marco del Hospital Insular, el día 22 de mayo de 1963.

Don José Molina Orosa falleció, en olor de multitud, en la madrugada del 18 de enero de 1966, desapareciendo con él un gran médico y una de las personalidades más genuinas de Arrecife, por no decir de Lanzarote, cuya esencia espiritual parece estar unida al pueblo natal -creemos que para siempre- por ese “nudo sagrado” de que hablaba Marco Aurelio.

Su fallecimiento produjo verdadera conmoción en la Isla de Lanzarote, particularmente en Arrecife, y aun en las demás del Archipiélago canario, acontecimiento que recogieron todos los periódicos.

El desaparecido semanario *Antena* dio a la stampa un amplio trabajo de Agustín de la Hoz, que, por su valor biográfico, mereció ser reproducido por el “Boletín Informativo del Circulo Mercantil¹” así como por los diarios “Eco de Canarias” (Las Palmas) y “La Tarde” (Santa Cruz de Tenerife). Dicho trabajo se recogió, además, en cuaderno editado por el Excmo. Ayuntamiento de Arrecife.

En agosto de 1966 tuvieron lugar en el cine Atlántida y Hospital Insular

¹ Circulo Mercantil, denominación obligada entonces para la Sociedad Democracia.

una serie de actos encaminados a perpetuar la memoria del ilustre fallecido, Dr. Molina Orosa, y en los que intervinieron médicos y escritores grancanarios. El delegado del Gobierno en la Isla de Lanzarote, tras la bendición por el párroco de Arrecife, colocó la primera piedra del proyectado monumento y que luego se convirtió en una estela central, en piedra volcánica, situada en la plaza actual de Hospital Insular.

El miércoles, 22 de enero de 1969, se publica en la Prensa provincial - cumplido ya el tercer aniversario de su muerte- un nuevo llamamiento en pro de un auténtico monumento que perpetúe prácticamente la imagen y el nombre del Dr. Molina Orosa. Para alcanzar tales objetivos se había constituido una Comisión, presidida por el entonces alcalde de Arrecife, don Ginés de la Hoz Gil (+ 1973), y en la que formaban, como secretario, don Ramón Pérez Hernández; como tesorero, don Agustín García Márquez; y los vocales don Juan Bosch Millares, don Francisco Perdomo Spínola, don Pedro Medina Armas y don Alberto Sánchez Quevedo, así como secretario en Las Palmas, don Agustín de la Hoz.

Por las mismas fechas quedaba abierta una suscripción popular en el Banco de Canarias, Caja Insular de Ahorros y Banco Hispano Americano. En muy poco tiempo se recaudaron unas 60.000 pesetas.

Sin embargo, por obvias razones que no son del caso referir aquí, la actividad obligada en pro del monumento al Dr. Molina Orosa quedó un tanto relegada, si bien el inquieto secretario, don Ramón Pérez Hernández, decidido a seguir adelante, convocó a la comisión existente que, por unanimidad, reestructuró formalmente y en base de haber caído enfermo su presidente, don Ginés de la Hoz Gil.

El día 26 de abril de 1972, en reunión celebrada a las 8 de la noche, quedó constituida la nueva comisión pro monumento al Dr. Molina Orosa. Presidente, don Rogelio Tenorio de Páiz, alcalde de Arrecife; secretario, don Ramón Pérez Hernández; secretario en Las Palmas, don Agustín de la Hoz Betancort; vocales: don Francisco Perdomo Spínola, don Alberto Sánchez Quevedo, don Pedro Medina Armas y don Enrique Miranda García.

El grupo escultórico conmemorativo del ilustre médico de Arrecife fue encargado a don Francisco Lasso Morales, entregándolo al Excmo. Ayuntamiento en noviembre de 1972.



ANEXO II

Homenaje

Del Semanario *Antena*
de *Un pobre cualquiera de Lanzarote*
(Por la transcripción: *José Hernández Almeida*²)
Arrecife, enero de 1967

«Señor Director: Un servidor, apenas sabe escribir. Un servidor, por carecer de todo, careció hasta de esas lentes llamadas cultura, que muchos afortunados se ponen para ver. ¡Y qué de cosas hermosas verá esa gente, señor Director! Un servidor es un pobre cegato, nacido bajo el palio duro de la pobreza, en el relente mismo de la intemperie de la vida. Y, claro, mis ansias de superación, de llegar a saber algo, se me frustraron entre lágrimas, como se malogra una simiente privada de agua, como se troncha una espiga, en una noche de temporal. Señor: cuando a uno le salen los dientes, “jalando” por el chinchorro, al trajín de las jarcias y las velas; o entre picos y palas; o no se ha conocido más mundo que el del camello y el arado, ¿cómo va uno a saber escribir?

Pero mire, con esas toneladas de incultura sobre mis hombros, *hoy*, yo tengo que escribirle a usted una carta. Porque, ¿sabe?, seremos analfabetos, si usted quiere; seremos rudos, como el “filo” mismo de la lava, o como cardos requemados por el sol; seremos cortos de expresión y nos aturullamos cuando tratamos de decir cuatro palabras, aunque tengamos mil ideas en la cabeza o esté a punto de reventársenos de sentimientos el corazón. Pero fíjese en lo que le digo: hay una cosa en la que a los pobres no nos ganará nadie: en

² El sensible y oportuno autor, el Sacerdote Don **José Hernández Almeida** estuvo destinado en la Parroquia de San Ginés; en esa época se “enroló” como tripulante y convivió con nuestros marinos en la flota en Cabo Blanco.

la gratitud. No, no me tenga a mal que así presuma, porque esto de ser agradecidos es uno de los más preciosos cuarteles de nuestro desmantelado escudo. Agradecidos así: “a lo liso, a lo no intrincado” que tan cuerdamente nos aconsejara el loco de don Quijote. Otros poseerán el secreto de fórmulas alambicadas de agradecimiento. Sabrán darle una más melodiosa inflexión a su voz. Inclinará con más garbo su espina dorsal. Serán maestros en la técnica de las carantoñas. No se lo discuto, señor Director, y reconozco además —le aseguro que sin envidia— que en esto nosotros estamos a cero.

Créame. Si algún día se tropieza con alguien que le esté agradecido de verdad y de corazón, yo le apuesto la barca que me da el pan para mis hijos, o la “güelfa” que retoza en la gañanía, y en la que me estoy mirando, a que ese hombre, casi seguro, es un pobre.

Pues bien; es este imperativo de la gratitud, el que me obliga a cometer el atrevimiento de asomarme a su periódico. Se acerca el aniversario del *Dr. Molina Orosa*, que tanto nos amó y comprendió en su vida. Nosotros le lloramos como a un padre en la hora dolorosa de su muerte, y acompañamos su cuerpo dormido en su inolvidable andadura triunfal por las calles de nuestra ciudad, camino del campo-santo. Entonces creímos llegada la hora de tener que lanzar a la rosa de los vientos nuestro humilde homenaje hacia él; pero gentes de pluma y de buen decir se nos adelantaron. ¡Y qué bien desplegaron ante nosotros su rica personalidad! ¡Qué de cosas bonitas dijeron de él! Nosotros, los iletrados, al lado de tanta gente fina, ¿qué íbamos a hacer? Callarnos, señor Director. Callarnos, y esperar a que pasara un año, y cuando ya algunos le tuvieran algo olvidado, cuando las aguas se remansaran, pegar cuatro gritos —como cuando avistamos una “mantada” de corvinas desde el palo del barco o cuatro nubes en el horizonte— y decir, a barlovento y a sotavento, que nosotros, los desafortunados, los que por tener flaca la cartera pasamos por el mundo sin gloria y con pena, también tenemos derecho a llorar y a decir algo de este hombre.

Fíjese, señor Director: ahora lo social está de moda. Resulta hasta rentable. Es el signo de los tiempos. Es la corriente que empuja. Hasta los cicateros se esfuerzan por nimbarse con aureola de bienhechores. Pero, oiga, a principios de siglo, ¿usted se acuerda? Cuando la corbata y la cartera lo eran todo; cuando humanamente no había nada que esperar de los pobres, por menos de un “mal de aire”, más de uno perdió su barca; o tuvo que lanzarse a la calle a malvender su finquita, o la cabrita que le proporcionaba las escasas calorías con que nutrir a sus hijos.

Cuando don José Molina Orosa comenzó a actuar como médico, no estaba de moda ayudar a los pobres. Pudo haber juntado, sin desmerecer en la conciencia social de su tiempo, el importe de muchas fincas, de muchas barcas. Y no lo hizo. ¿Qué pobre, bien nacido, no tiene que llorar y cantar ante una gesta espiritual de tal envergadura? Esto, querido Director, que lo sepan todos: para nosotros, la genialidad de don José, sin que le neguemos otras, es que haya llegado a comprender la pobreza. En algún libro he leído que “el rico, a menos que sea un genio, no puede saber lo que es la pobreza”. Y es ésta una gran verdad.

¡La pobreza, señor Director! ¡Qué pocas personas la comprenden! Hay muchos que piensan que ser pobre es tener que comer “gofio y pejines” cada día, o llevar un traje de dril, o habitar en un cuchitril inclemente. Pero esos tales, no saben, no sospechan siquiera lo que es ser pobre. Es mucho más. Ser pobre es tener honradez hasta para regalar y comprobar con pena que no le sirve a uno de nada. Es vivir con el complejo de ser uno un estorbo continuo, donde no vaya a prestar un servicio, a realizar una compra, o a saldar una deuda. Es ser acreedor al adiós frío, ausente, de los que tienen tres o cuatro perras o saben tres o cuatro cosas. Ser pobre es que no le respeten a uno ni siquiera el puesto ganado con larga espera en una cola. Es tener que sufrir la angustia de no poder decir lo que se siente porque no se tiene “palabrerío”. Es tener que tragarse un sofisma, cuya falsedad está uno intuyendo, porque no puede desarticularlo. Ser pobre, es tener más razón que un santo y que nadie le haga a uno caso. Es ver que la muerte se enterca en llevarse a uno de los suyos, y no poder agotar todos los recursos para salvarle, cuando otros, que no los quieren más, los tienen a su alcance. Es ser tratado con aire paternalista y tener que aceptar como limosna lo que se le debe en justicia. Es ir por el mundo con el corazón en carne viva por el contraste de lo mucho que a otros les sobra y lo poco, de ese mucho, que a uno le bastaría para vivir como un ser humano. Ser pobre, es pasarse la vida soñando con una escalera, y tener que morir sin haber logrado siquiera rozar un peldaño. ¡Y tantas cosas más, que uno intuye y no sabe expresar...!

Y porque don José, ni en su despacho, ni en la calle, ni en nuestras casas, ni con su vida, puso jamás el dedo en estas sangrantes llagas nuestras, yo quisiera que en este aniversario de su muerte, usted proclamara muy alto en su periódico, que los corazones de los pobres de Lanzarote arden en gratitud y en bendiciones para él.

Diga, que, muchas veces, cabizbajos, llamamos a su puerta con los

bolsillos vacíos, y nuestra moral hundida se levantó al conjuro de su cariñosa sonrisa, de su corazón generoso, que no se paró nunca a calibrar la dimensión de una cartera.

Diga que el doctor Molina, no supo jamás de discriminaciones en el trato con nosotros. Que para él, el más encumbrado y el más humilde de los ciudadanos, tenían este mismo apellido: seres humanos.

Diga que su honradez profesional a toda prueba, jamás nos abrió las puertas a la duda.

Diga que no se contentó con obtener un título; antes al contrario, anduvo siempre del brazo de la ciencia, embebiéndose en sus progresos, para no dejar de ser nunca un médico al día, indiscutible en su competencia.

Y, porque a nuestras cortas luces es éste uno de los mayores elogios que se puede hacer de un hombre; porque jamás hemos podido digerir los panegíricos que dan aureola de bienhechores a los que se van de este mundo con las arcas llenas, repita que don José se nos fue con las suyas vacías. Que optó por dejar de ser el padre afortunado de unos pocos, para ser el padre pobre, pero entrañable e inconmensurable de todos.

Diga, que la lección de su vida, cada noche se recita en nuestros hogares, y las cunas de nuestros hijos se mecen al arrullo de la inefable canción de su recuerdo, mil veces repetido gustosa y gozosamente.

Diga, en fin, que este gran patricio de Lanzarote, ha sido mucho más que un genio de la fría inteligencia. Que por encima de todo —y he ahí la razón última de su comprensión de la pobreza— fue un genio del corazón.

Y termino, señor Director. Le recuerdo aquella escena de los Hechos de los Apóstoles en que llevan a Pedro, para que resucite a Tabita, una viuda “rica en buenas obras y en limosnas”. Cuando Pedro entró en la casa, “le rodearon las viudas que lloraban mostrando las túnicas y los mantos que en vida les hacía” (Act. 9,36 43). En aquel pasaje de la Escritura, los pobres lloraban a un alma buena y mostraban las huellas de su bondad. ¡Qué elegía sublime y elocuente la de aquellas lágrimas y la de aquellas túnicas, señor Director!

Como en aquella escena emocionante, aquí estamos nosotros, los pobres de Lanzarote, en torno al recuerdo de nuestro médico entrañable, mostrando a nuestros hijos salvados a la vida, nuestra salud restablecida, nuestros nervios menos destrozados, nuestra sicología menos incomprendida... porque a tiempo, como una bendición de Dios, como una fantástica caricia del Cielo, pasó a nuestro lado ese ángel de caridad que en vida se llamó don José Molina.

ANEXO III

Medicina y Vocación³

Dr. Rafael Betancort de León

La Medicina ha sido a lo largo de todos estos años (1963-2003) algo relevante en mi vida, realmente a ella le he entregado lo mejor de mi juventud y de mi madurez. Y hoy, ya jubilado, miro hacia atrás y lo hago con verdadera nostalgia de lo vivido y de la labor realizada, ya fuera en el campo de mi Especialidad -la Urología-, de la docencia -Escuela Universitaria de Enfermería- o en cargos directivos -Complejo Hospitalario Materno-Insular-. Y siendo relevante para mí toda esta etapa, también lo fueron mis años en la Facultad de Medicina, así como los años vividos durante mi especialización urológica en Barcelona y Londres. Pero aún siendo importante en mi vida todo lo relatado anteriormente, mis recuerdos me llevan a los años de mi infancia y adolescencia, ya que fue en esa época donde se inició lo que creo que fue el comienzo de mi vocación hacia la Medicina, ya que jamás quise ser o tener otra profesión que no fuera la de médico. Mi infancia la viví en la Isla de Lanzarote, en Haría, un pueblo del norte de dicha isla en el que nací. En Lanzarote, en aquella época sólo había dos ó tres médicos que trabajaban prácticamente las 24 horas del día peinando, con su desvelo, esfuerzo y trabajo, toda la Isla; no había hospitales, no había clínicas, no había médicos-especialistas, sólo existían estos médicos-generalistas. *Y de ellos el que a mí más me impactó, por sus conocimientos, por su dedicación, por su esmerada educación fue el Dr. D. José Molina Orosa, un hombre*

³ Acertada y cariñosa carta personal, copiada de la *Revista Oficial del Colegio de Médicos de Las Palmas Junio 2004*, en la que su autor, el prestigioso Dr. en Urología Don Rafael Betancort de León, natural de Haría, confirma las integridades de la profesión médica y la vigencia del espíritu del Dr. Molina Orosa, con añoranza y existencia.

dedicado por completo a sus enfermos y a la Medicina. El fue, con su ejemplo, con su constante entrega a la Medicina, quien me inoculó “el virus” de la vocación médica y desde entonces siempre quise ser médico y en eso me convertí. Todo esto lo traigo a colación tras leer en nuestra Revista “Orobal” alguna que otra “Carta al Director” que me han impactado para bien o para mal, pero que me han hecho pensar y rememorar mis propias vivencias. En el número 44 de nuestra revista la Dra. Dara Martínez Beltrán dice textualmente: «**para mí lo más importante es (y espero que siga siéndolo) el paciente, aquel para el que estudiamos, trabajamos... y nos esforzamos día a día por mejorar, por saber, por descubrir, por tener ante todo una sonrisa...**» no cabe la menor duda que esta joven médico, que está por iniciar el MIR, tiene vocación y que le ilusiona el ser médico y el luchar y trabajar por y para el enfermo. Dara, permíteme que te tutee y que te felicite, porque creo, por no decir que estoy seguro, que serás una gran profesional y que triunfarás en la especialidad que elijas.

En el número 49 de dicho Revista y no precisamente en la misma línea de Dara, la Dra. Magdalena Romero Jiménez se dirige a la Dra. Beltrán y le dice: «Creo que nosotros, haciendo memoria, también nos reconocemos en tu esperanza, en tus deseos de aprender, de hacer el bien y superarte; es más creo que si no fuese por estos sentimientos, ninguno habríamos comenzado esta carrera de obstáculos». Asimismo escribe en otro párrafo: «te deseo de veras que comiences a practicar esta profesión en condiciones mucho mejores que las nuestras». Creo que está claro que el profesional precisa que se compense, al menos económicamente, su trabajo, su esfuerzo y su dedicación, pero teniendo siempre presente que el profesional médico, si no lo es por vocación, difícilmente podrá superar los sacrificios que conlleva el ejercicio de la profesión, los desvelos constantes a que se verá sometido y lo poco que se sentirá recompensado, aunque los sueldos estén más en consonancia con los tiempos que vivimos.

Creo y sigo pensando que la profesión médica debe ser vocacional, ya que en caso contrario el profesional jamás estará a gusto ni con su trabajo, ni con su compensación económica, ni por supuesto consigo mismo.

ANEXO IV

Vida familiar

Lina Molina Aldana

Veré qué puedo contarles de esa niñez y adolescencia, ya un poco lejana, junto a mi padre. Para empezar, decir, que siento mucho no puedan estar conmigo mis hermanos para así entre todos compartir este relato y recordar aquellos años que tan felices vivimos junto a un padre que significó tanto para todos. Fue un buen padre, recto, serio, de pocas palabras, a la vez cariñoso y pendiente siempre de todo aquello importante para mi madre y para nosotros.

Ocurrente en muchas ocasiones, romántico y poeta en otras, faceta esta última que a mí me entusiasmaba, pues en aquellas noches en casa reunido con sus amigos, mi padre recitaba sus propios poemas y algunos más de poetas muy queridos, y luego mi madre le acompañaba también recitando poesías muy conocidas y nunca dejaba atrás su gran favorita: “El parque de María Luisa”. Los dos recitaban muy bien y nos dejaban embobados a todos. Eran veladas entrañables, de esas que nunca se olvidan.

Aprendimos mucho de su buen hacer, pues sus grandes valores (ya contados por muchas otras personas en otras tantas ocasiones) fueron nuestra mejor escuela y nuestra mejor herencia. Nuestra vida en familia fue buena y muy alegre, pues éramos siete hermanos y con mi madre (persona muy valiosa también para todos) hacíamos de nuestra casa un verdadero hogar lleno de inquietudes y muy familiar. Cuando mi padre hablaba y contaba cosas no queríamos perdernos nada, pues no siempre teníamos la suerte de escucharle (y escucharle era un regalo), ya que su dedicación al trabajo y a sus enfermos le dejaban poco tiempo para estar en casa. Gran

confesor y psicólogo, fiel amigo de sus pacientes, guardó siempre, como se guarda un tesoro, esas entrañables confianzas entre el enfermo y su médico. Su ocio era el trabajo. Yo como homenaje particular a mi padre, decir, que me gustaría que mis hijos recordaran a su padre como yo recuerdo al mío.

NOTA: La familia quiere dejar constancia pública de su inmenso agradecimiento a los habitantes de Lanzarote en general por el cariño demostrado al recuerdo de nuestro padre y por la colaboración en efectivo para la construcción del monumento. También recordamos públicamente a los componentes de las dos comisiones que se ocuparon con verdadero afecto de organizar los actos en honor de nuestro padre: Ginés de la Hoz Gil, Juan Bosch Millares, Alberto Sánchez Quevedo, Francisco Perdomo Spínola, Agustín Miranda García, Agustín de la Hoz Betancort y Pedro Medina Armas (fallecidos, q.e.p.d.), además de Rogelio Tenorio de Páiz, Agustín García Márquez y Ramón Pérez Hernández.

En nombre de nuestra familia quiero expresar nuestro cariño y agradecimiento al buen amigo Ramón Pérez Hernández por su entusiasta y apasionada labor para conseguir que nuestro padre sea nombrado Hijo Predilecto.

**COLECCIÓN:
DISCURSOS ACADÉMICOS**

- 1.- *La Academia de Ciencias e Ingenierías de Lanzarote en el contexto histórico del movimiento académico.* (Académico de Número).
Francisco González de Posada. 20 de mayo de 2003.
Excmo. Ayuntamiento de Arrecife.
- 2.- *D. Bias Cabrera Topham y sus hijos.* (Académico de Número).
José E. Cabrera Ramírez. 21 de mayo de 2003.
Excmo. Ayuntamiento de Arrecife.
- 3.- *Buscando la materia oscura del Universo en forma de partículas elementales débiles.* (Académico de Honor).
Blas Cabrera Navarro. 7 de julio de 2003.
Amigos de la Cultura Científica.
- 4.- *El sistema de posicionamiento global (GPS): en torno a la Navegación.* (Académico de Número).
Abelardo Bethencourt Fernández. 16 de julio de 2003.
Amigos de la Cultura Científica.
- 5.- *Cálculos y conceptos en la historia del hormigón armado.* (Académico de Honor).
José Calavera Ruiz. 18 de julio de 2003.
INTEMAC.
- 6.- *Un modelo para la delimitación teórica, estructuración histórica y organización docente de las disciplinas científicas: el caso de la matemática.* (Académico de Número).
Francisco A. González Redondo. 23 de julio de 2003.
Excmo. Ayuntamiento de Arrecife.
- 7.- *Sistemas de información centrados en red.* (Académico de Número).
Silvano Corujo Rodríguez. 24 de julio de 2003.
Excmo. Ayuntamiento de San Bartolomé.
- 8.- *El exilio de Blas Cabrera.* (Académica de Número).
Dominga Trujillo Jacinto del Castillo. 18 de noviembre de 2003
Departamento de Física Fundamental y Experimental, Electrónica y Sistemas. Universidad de La Laguna.

- 9.- *Tres productos históricos en la economía de Lanzarote: la orchilla, la barrilla y la cochinilla.* (Académico Correspondiente).
Agustín Pallarés Padilla. 20 de mayo de 2004.
Amigos de la Cultura Científica.
- 10.- *En torno a la nutrición: gordos y flacos en la pintura.* (Académico de Honor).
Amador Schüller Pérez. 5 de julio de 2004.
Real Academia Nacional de Medicina.
- 11.- *La etnografía de Lanzarote: "El Museo Tanit".* (Académico Correspondiente).
José Ferrer Perdomo. 15 de julio de 2004.
Museo Etnográfico Tania.
- 12.- *Mis pequeños dinosaurios. (Memorias de un joven naturalista).* (Académico Correspondiente).
Rafael Arozarena Doblado. 17 diciembre 2004.
Amigos de la Cultura Científica.
- 13.- *Laudatio de D. Ramón Pérez Hernández y otros documentos relativos al Dr. José Moliona Orosa.* (Académico de Honor). 7 de marzo de 2005.
Amigos de la Cultura Científica.